

## En la cima

Escribe: HUBERTO JARAMILLO ANGEL

“Me quedé mirándole, en silencio”. *Aleixandre.*

### I — EL ENCUENTRO

Sucedió hace muchos años. ¿Quince? ¿Veinte? ¿Más? Sí: acaso más. Yo había ido, a la capital, a pasar, entre poetas y escritores amigos míos, una semana. El aire capitalino, el frío de las mañanas o de las noches, el gris de los árboles, la densa neblina, los largos días del ir vagando por las calles, la tertulia, el bar y los poetas, el diálogo con Alberto Angel Montoya, ya casi sin luz en los ojos, con León de Greiff, con Eduardo Carranza, con Camacho Ramírez, con Carlos Martín y con Darío Samper, las estancias en los parques, el discurrir, sin rumbo fijo, de un sitio para otro sitio y los minutos al lado de Jeannete, una rubia encantadora que acababa de llegar, huyéndole a un romance sentimental, de Chile, hicieron, por aquella época, mi romántica visita, más agradable y con mayores provechos intelectuales para mi espíritu, ávido de sensaciones estéticas y de amistades electivas.

Una tarde fui a ver, en su casa, al poeta y escritor José Umaña Bernal. Yo leía, de tiempo atrás, los trabajos literarios que Umaña Bernal publicaba en suplementos, revistas y periódicos. Gustaba de su fina prosa literaria. De sus versos. De su leyenda de hombre metido, siempre, en su deleitoso mundo de soledad y de melancolía. De su atrayente figura de exquisito y pulcro orador político y de su fama de incansable viajero por el país de los libros y por los caminos de la tierra. Había inquirido, en más de una ocasión, por su carácter personal y por el



género de vida de trabajador cotidiano de las bellas letras castellanas. Había deseado, en forma continua, conocerlo personalmente. Por eso fue por lo que fui en busca suya.

Y lo encontré. El encuentro, como cualquiera de los encuentros de Vicente Aleixandre con sus amigos, los poetas de España, no me dejó mal sabor ni leve huella de amargura o desilusión. Todo lo contrario: Umaña Bernal, en su estudio, en su biblioteca, en donde me recibió aquel lejano atardecer, no era nada distinto a como yo me lo había imaginado: sereno, sencillo, cordial, comunicante, generoso, acogedor y tan dado al diálogo espontáneo y literario como el propio Baroja lo fue, para Aleixandre, el día de su primer encuentro, en octubre de 1956, en su solariega casa de Madrid, en la dura enfermedad del novelista y poco antes de cerrar, para la eternidad, —su eternidad sin crepúsculo— sus ávidas pupilas de andariego pesquisador de seres y de cosas de España, su entrañable España de Zalacaín o Paradox.

Me esperaba, el maestro Umaña Bernal, en aquella ocasión, digo, en su biblioteca. Luego del saludo, el diálogo empezó por lo que era natural que empezara: por *Itinerario de fuga*, por los hondos afectos del poeta por Francia, por España, por Lisboa —a donde había de ir, más tarde, en cita con la Belleza y en alta misión diplomática— y por la galante obra poética de Alberto Angel Montoya. Con el atormentado autor de *Las Vigilias del vino*, Umaña Bernal, durante toda una existencia consagrada al culto de su hermano en el arte de escribir, había, —y todavía sostiene— un diálogo estético muy al nivel de los que sostuvieron, en Weimar, Goethe y su fiel discípulo Ekerman.

No fue larga, mi visita de aquella tarde, a José Umaña Bernal. Sin embargo, duró lo suficiente para que aún, en mi memoria, se conserve, viva, la austera figura del poeta de *Décimas de luz y yelo*. Cuando nos despedimos, al estrecharle, de nuevo, la mano, me repitió generoso: Ojalá no sea esta su única visita. Me gustaría volverlo a ver por esta su casa.

Desde entonces, porque la vida es, con mucha frecuencia, avara en ciertos encuentros y en ciertas grandes alegrías literarias, no he vuelto a ver a José Umaña Bernal, el máximo poeta que, en *Décimas de luz y yelo*, al hablarnos de su soledad, lo hace con noble gesto de melancolía o con dulce voz de antiguos ensueños recuperados:



*Plata de luna de estío  
en el olivar de plata,  
silencio de noche grata  
corta el alfanje del río;  
sueño que es sueño y es mío,  
cerrada al mundo la senda,  
sin voz de amor; ni de ofrenda  
cordial, bajo el cielo duro,  
cegar en silencio el muro  
de mi soledad tremenda.*

## II — EL POETA SE ENCUENTRA CON RILKE

“El 29 de diciembre de 1926, a las cinco de la mañana, murió Rainer María Rilke”. *Haermmelis*.

“Cuando yo llegué a Portugal, en 1943, no era mucho lo que conocía de la obra de Rainer María Rilke. Los cuadernos de Malte Lauridis Brigge, las cartas a un joven poeta, y algunos poemas del *Libro de las horas*. Lo indispensable para saber de Rilke, como escritor en prosa, y tener una vaga impresión de su poesía. Yo encontré a Rilke en Portugal. Lo leí, y lo traduje, en Estoril”.

José Umaña Bernal, en efecto, no se había encontrado, antes, con Rilke, en parte alguna del mundo, de su vida y de su obra. Tan solo tres libros. Y muy pocos datos, sin duda, sobre su misteriosa existencia de anhelante viajero, de poeta anhelante, de solitario, de enfermo del espíritu, de enamorado taciturno de París, de Viena, de Brujas, la muerta, de Nápoles o de los pensativos jardines de Budapets o de Praga, la dulcísima Praga de su entenebrida infancia o de su callada juventud, sin dorados caminos y sin ricos bosques de íntimos placeres.

Y fue, buscando una habitación para vivir en ella, que se encontró, de lleno, en “El Estoril”, en la ardiente Lisboa, con ese magnífico Rainer María Rilke del cual ya, en el lento y fecundo transcurso de su laboriosa tarea de escritor y de poeta, no habría de separarse, jamás, en sitio alguno de la tierra. Fue en la amplia casona que Umaña tomó en arrendamiento en donde la presencia de Rilke se le hizo carne de su carne, sangre de su sangre, aliento de su aliento y cal y piedra, y bronce y mármol de su propia ansia de creador de supremas Bellezas litera-



rias. Rilke, así, fue cotidiano guía del entusiasta discípulo de la verde América hispana. Y Umaña Bernal, del brazo de Rilke, fue el insomne viajero por los umbríos parajes recorridos, en toda su obra, por quien escribió, para epitafio suyo, estos oscuros versos otoñales:

*Rosa,  
oh pura contradicción,  
voluptuosidad de no ser  
el sueño de nadie bajo tantas miradas.*

Frente a un Rilke distinto, en todo, al primer Rilke, al oscuro Rilke escondido de la brumosa Bogotá, Umaña se dio, entonces, al minucioso estudio del poeta de las *Elegías del Duino*. Lo buscó. Y lo encontró, en cada uno de sus libros, de sus poemas, de sus versos y hasta de sus misteriosas palabras, a veces tan cabalísticas y tan difíciles como si cada una de ellas estuviera elaborada con metafísica arcilla dolorosa. No se perdió, de ese modo, en la pesquisa rilkiana, un solo instante. El poeta fue apareciendo, día a día, con su atroz angustia, su soledad, su tristeza y su propio e íntimo sentimiento de la muerte:

“No negó, nunca, Rilke, el misterio de su poesía; lo que en ella había de tinieblas. Ni su sentido trágico. Solo que él disolvía esos comentarios en una resignada serenidad. Hasta llegar al fruto maduro de la propia muerte, oculto en el árbol de la vida”.

Era el Rilke, oculto en su secreto universo de armonías o silencios, que Umaña casi no había presentido, en sus primeros elementales contactos con *Los cuadernos* o con *Las cartas a un joven poeta*. Un Rilke que se le entregó sin recatos. Total. Ausente de vagas tintas o de innacibles sonidos. Con su callada alma desnuda. Con su carne desnuda. Con la rosa desnuda de su enfermedad incurable: la soledad. Y el muy profundo deseo de ver llegar la muerte. Su anhelada muerte, ceñida de pálidos jacinchos, como en el delirante caso del viejo Anacreonte:

“No quiero la muerte de los médicos”. Y se negó a recibir los calmantes que podían aminorarle el dolor físico. Extremó su soledad hacia límites inauditos, y se negó a recibir a nadie. El relato que el doctor Haermmelis, su médico, hace de la muerte de Rilke, termina así: “El 29 de diciembre de 1926, a las cinco de la mañana, murió Rainer María Rilke. Cuando abrí la ventana, un viento frío y matinal, subió del lago”.



Fue, en efecto, el de Umaña Bernal, un provechoso descubrimiento del verdadero Rilke, el Rilke que ya nunca habría de apartarse, por un solo segundo, del lado de quien acababa de penetrar, lleno de asombrosas sensaciones estéticas, al vasto país donde habitaba, como un monje de la edad media, el entrañable amigo de Jules Superville, ese Superville llegado, durante un tenebroso invierno, del lejano Uruguay, al crepitante París de los románticos, los bohemios y los vagos hijos de las tinieblas nocturnas.

Y, al descubrir a Rilke, su exacto Rilke poseído de la serena presencia de su propia lógica muerte, descubrió, de igual modo, a Magda Von Hattingberg, Benvenuta, una Benvenuta que no se parecía a Lou Andrea Salomé o a madame Nimet, ese tibio amor del poeta para quien apenas alcanzaron, en poca medida, los apagados suspiros de un tardío amor melancólico.

Con Benvenuta, y con la totalidad de su codiciado Rilke, Umaña Bernal formó todo un extraordinario libro que permanece, para mal del arte y la belleza, según propia confesión del poeta, inédito. Benvenuta misma, en unas palabras que parecen escritas con vivientes lágrimas de oro o de turquí, lo dice. Y Umaña lo divulga, para auténtico solaz de la poesía, en prosa:

“Hacía muchos años —cita Umaña Bernal— que no sabía nada de Rilke, escribe en sus memorias Benvenuta. El 20 de diciembre de 1926, a pesar de ser muy tarde en la noche no podía dormir. Me dediqué a leer el diálogo admirable entre Victoria Colonna y Miguel Angel en la gran obra sobre el renacimiento del conde de Gobineau. Después apagué la lámpara”.

Nueve días después, el corazón de Rilke dejaba de latir y sobre la tierra, como cuando murió, consumido por la fiebre, Lord Byron, a la vez que nacía un ilimitado rumor de leyenda, se apagaba una silenciosa lámpara de augusta soledad. Era que Rilke, el sin ventura enamorado de Lou Andrea Salomé, como Nietzsche, había encontrado, al fin, la verdadera forma de su inmortalidad y de su gloria.

### III — DECIMAS DE LUZ Y YELO

*Torres de alabastro y yelo  
coronan lunas menguantes.*



No se sabe, de pronto, en donde resulta ser más poeta José Umaña Bernal: si en la prosa o en el verso. No se sabía, luego de lentas lecturas comparativas, donde era mejor poeta Mallarmé: si en la prosa o en el verso. Lo mismo sucedía con Valéry o con Wilde. Umaña Bernal, en realidad, seduce igual en cuanto a la belleza de las formas, las imágenes y las palabras, en verso o en prosa. No usa, el poeta, al escritor en verso, una sola palabra que carezca, en absoluto, de colorido, de sensualismo o de mera música, apenas sensible en el oído. Al escribir en prosa el resultado viene a ser idéntico. Una muestra, tomada de un eventual artículo suyo de periódico, me sirve, y mucho, de nítido ejemplo:

“...El pudor es la forma más sensible de la autocrítica. No es una virtud de doncellas; ni el aval de la demorada virginidad. Es una cualidad, y calidad, viril. Primor de reposada varonía, hubiera dicho Gracián; que fue un escritor pudoroso, hasta en el lenguaje precavido y secreto”.

Cita a Gracián como podría citar a Valéry, a Renán o a Henry Miller. Claro que Umaña Bernal no cita a Miller por mero pudor. Es cuestión de ética. Y Umaña Bernal, tratándose de su ética de ensayista o de poeta, sobrepasa, a veces, la más severa autocrítica.

Poeta en prosa y en verso. En su *Itinerario de fuga*, un bello libro de poemas publicado en 1934, el maestro Umaña Bernal hace lo más difícil de su camino lírico y se coloca al lado de Silva, de Valencia, de Pombo y Barba-Jacob. Los iguala a todos. Silva, más que Pombo, Barba-Jacob y Valencia, en *Itinerario de fuga*, como que no deja, nunca, de estar presente con todo el deslumbrante poderío del modernismo y de la vital angustia humana. La soledad vital. Nadie, de seguro, entre nosotros, más nacido para la soledad y la angustia humana que Silva. Por eso, sin duda, su suicidio fue un acto de suprema soledad y de angustia sin límites.

En *Décimas de luz y yelo* —poemas que ahora he vuelto a leer bajo el duro contacto con la melancolía y los tardíos sueños rotos— el poeta parece como que jugara, a cada décima, a la transfiguración y a caer en plácidos abismos de honda soledad y de honda tristeza antigua. Es, en realidad, la tristeza, en algunos versos de luz y yelo, tristeza antigua. Y soledad, también, antigua: pueden venir, y vienen, acaso, del amargo mundo del



Dante o del tenebroso país de Baudelaire. Esto para citar dos grandes amargados, dos grandes solitarios, de diversas épocas de la poesía, el arte y la belleza.

*No; ni la curva; ni el vago  
giro en el viento; ni el vuelo;  
ni el ave; ni el blanco cielo  
adormecido en el lago.  
No; ni el ocio; ni el donaire  
del vanidoso desagire;  
ni dormida arquitectura;  
sino la línea, recta, pura,  
en los dominios del aire.*

Soledad, así, y tristeza. Sombra de los fríos días sin quimeras ni sueños. Vagos crepúsculos. Ríos vagos. Vientos vagos. Vagos vuelos de aves taciturnas. Vagas formas del vago deseo o de las vagas ilusiones. Llamas que se apagaron, de tiempo atrás, como para que en la densa noche del poeta surgieran, de improviso, tácitos fantasmas o tácitos espectros del fugitivo ayer. Sombras. Y otra vez la voz enfermiza del poeta clamando, quizás, en forma inútil y tardía:

*Muerte de mil años tiene,  
mil años de tierra y sombra;  
voz sin raíces la nombra,  
por mares sin costa viene.  
¿Qué sorda angustia mantiene  
inmóvil la nave oscura?  
¿Qué miedo de tierra dura  
la aprisiona entre la tierra?  
¿Qué laberinto la encierra  
en tan trágica clausura?*

Muchas décimas, como estas dos transcritas, en las cuales se reflejan la soledad y la tristeza. O la soledad y la muerte. O la tristeza y la angustia de los días que huyeron, como asustados milanos, hacia remotos confines del mar o de la tierra. Y versos sueltos. Y palabras sueltas. Versos, salidos de las décimas, como hojas que caen, en la tarde triste, del árbol del cansancio o de la oscura rama del tedio. Palabras solas. Sueltas. Y dísticos, en función de poesía:



*No busques entre lo oscuro  
lo que bajo el sol no ves.*

---

*Aurora de los claveles,  
tarde de las amapolas.*

---

*Porque a través de sí mismo  
solo te salgo al encuentro.*

---

*Lenguas de noche fría  
rigen lebreles en salto.*

---

*Que no a la rosa le plante  
cerco de lanzas el cardo.*

Y las palabras sueltas. Rondando o volando. Solas. Sin jardines. Sin patios. Sin huertos verdes. Sin el aire usual. Sin el azul debido. Sin los caminos abiertos. O sin los bosques, los húmedos bosques, pensativos:

“nardo, rosa, aire, luz, sueño, camino, pluma, argento, fuente, abanico, talle, agua, fosca, hiedra, hastío, sangre, pañuelo, curva, lanzas, rocío, cristales, muerte, sórdida, espuma, brumas”.

Palabras de poesía. O la poesía en las palabras. Es que Umaña Bernal, lo mismo en la factura de una décima que en la factura de un solo verso o en la selección armoniosa de una sola palabra, aspira, siempre, a no salirse, jamás, de su máximo gusto de poeta. Su máxima función de poeta. Por eso es por lo que no hay, en *Décimas de luz y yelo*, un solo verso que no esté sujeto a la voluntad del poeta. Y que viva, en la propia densidad de la décima, perdurable vida de río, de mar, de cordillera o de lago. De valle o de cielo azul.

*Décimas de luz y yelo*, de José Umaña Bernal, un libro publicado en 1942, tiene, todavía, la exacta vigencia del agua que corre o del viento que pasa, cantando, por la fragante arquitectura del pinar.